

Camilo José Cela



# Viaje a la Alcarria



Con el morral a la espalda y la cantimplora sujeta al cinturón, el viajero recorre los caminos y los pueblos de la Alcarria. De trecho en trecho va viviendo curiosos encuentros, minúsculas anécdotas y sorprendentes conversaciones que, impertérrito, transcribe con una suave prosa que aúna realismo, comicidad y ternura... Al finalizar el viaje queda este entrañable libro que demuestra las palabras de su autor: «El escritor, aun el que más sedentario pueda parecer, es siempre un irredento vagabundo y ése es su mayor timbre de gloria y libertad».

Con *Viaje a la Alcarria*, Cela inicia sus incursiones en un género en el que se ha revelado como un maestro excepcional: el libro de viajes. A *Viaje a la Alcarria* (1952) siguieron *Del Miño al Bidasoa* (1952), *Primer viaje andaluz* (1959), *Viaje al Pirineo de Lérida* (1965), libros que, a pesar de su carácter documental, no están exentos de virtuosismo estilístico, y en los que se recogen artísticas descripciones de paisajes, libros en los que Cela ofrece a menudo todo tipo de personajes y situaciones de la vida cotidiana que observa con detalle sin emitir juicio alguno sobre unos y otras, y que sabe trasladar a unas páginas de cuidadísima elocución, en las que suele aflorar, por momentos, un lirismo capaz de despertar en cualquier lector una contenida emoción. Este *Viaje a la Alcarria* comienza el 6 de junio de 1946 y concluye diez días después, el 15 de junio en el descubrimos una prosa en la que no se sabe qué admirar más: si su flexibilidad, dinamismo y expresividad, su aparente despreocupación formal, o ese estilo tan personal fruto de la más concienzuda elaboración literaria. Para entender el concepto que Cela tiene de lo que deben ser los libros de viaje, nada mejor que sus propias palabras entresacadas de la «Nota a la primera edición de Austral»: «En el *Viaje a la Alcarria* —escribe Cela—, las cosas están contadas un poco a la pata la llana y tal como son o como se me figuraron. En

esto de los libros de viajes, la fantasía, la interpretación de los pueblos y de los hombres, el folklore, etc., no son más que zarandajas para no ir al grano. Lo mejor, según pienso, es ir un poco al toro por los cuernos y decir aquí hay una casa, o un árbol, o un perro moribundo, sin pararse a ver si la casa es de éste o del otro estilo, si el árbol conviene a la economía del país o no y si el perro hubiera podido vivir más años de haber sido vacunado a tiempo contra el moquillo. En los libros de viajes suele sobrar la pedantería, que también es lo más fácil de poner».

To him who in the love of Nature holds  
Communion with her visible forms, she speaks  
A various language;  
*Thanatopsis*, William Cullen Bryant

Vansse Fenares arriba quanto pueden andar,  
troçen las Alcarias e ivan adelant,  
*Cantar de Mio Cid*. vs. 542 y 543

## Dedicatoria

*Mi querido don Gregorio Marañón Estoy en deuda con usted. Hay en mí muchas cosas que no podrían explicarse sin su generosa y aleccionadora amistad. No intento saldar mi deuda con estas páginas que hoy le ofrezco. Entre mis defectos no está, creo yo, el de no saber ver las cosas como son, sobre todo cuando, como en este caso, son claras como la luz de una bombilla. Yo le envió este libro con otra intención. Cuando las deudas no se pagan porque no se puede, lo mejor es no hablar de ellas y barajar. Yo le dedico mi Viaje a la Alcarria porque sé que es usted aficionado a los libros de viajes.*

*La Alcarria es un hermoso país al que a la gente no le da la gana ir. Yo anduve por él unos días y me gustó. Es muy variado, y menos miel, que la compran los acaparadores, tiene de todo: trigo, patatas, cabras, olivos, tomates y caza. La gente me pareció buena; hablan un castellano magnífico y con buen acento y, aunque no sabían mucho a lo que iba, me trataron bien y me dieron de comer, a veces con escasez,*

*pero siempre con cariño. Hasta hubo un pueblo donde me hicieron huésped de honor del ayuntamiento y me pagaron la fonda; en otro, como para compensar, me encerraron por orden del alcalde, que era un albino borracho y medio tartamudo, y me tuvieron un día con su noche metido en un sótano maloliente y alimentado con unas sopas de ajo y un par de venencias de esperriaca. En el calabozo estaba un gitano, de mi edad poco más o menos, que había robado una mula. Se creyó, vaya usted a saber por qué, que yo era cómico, y no hacía más que preguntarme: si usted es artista, ¿por qué no lo quiere decir? Al hombre no le cabía en la cabeza que no es que no lo quisiera decir, sino que, simplemente, lo que pasaba es que no era artista. De este pueblo no hablo en el libro porque pocas cosas agradables podría decir de él.*

*Cuando me soltaron seguí caminando, y después, cuando me cansé, me vine otra vez para Madrid. Por la Alcarria fui siempre apuntando en un cuaderno todo lo que veía, y esas notas fueron las que me sirvieron de cañamazo para el libro. No vi en todo el viaje nada extraño, ni ninguna barbaridad gorda —un crimen, o un parto triple, o un endemoniado, o algo por el estilo—, y ahora me alegro, porque, como pensaba contar lo que hubiera visto (porque este libro no es una novela, sino*

*más bien una geografía), si ahora, al escribirlo, me caigo pintando atrocidades, iban a decir que exageraba y nadie me había de creer. En la novela vale todo, con tal de que vaya contado con sentido común; pero en la geografía, como es natural, ya no vale todo, y hay que decir siempre la verdad, porque es como una ciencia.*

*Pues bien, mi querido don Gregorio: esto es todo lo que hay. Poco es; pero, en fin, menos da una piedra. Le mando también una flor que arranqué de una cuneta; la tuve todo este tiempo metida en un libro y ya está disecada. Yo creo que es bonita.*

*Le ruego que acepte usted este regalo que le ofrece, con la mejor intención del mundo, su devoto:*

**C. J. C.**



Itinerario del *Viaje a la Alcarria*



## La confusa andadura de un libro sencillísimo

Quizás mi libro más sencillo, más inmediato y directo, sea el *Viaje a la Alcarria*; también es el de más confusa andadura, el que presenta mayor número de variantes. De él hay tres versiones y ésta que aquí ofrezco y que doy por definitiva, hace la cuarta: la de *Revista de Occidente*, que sigue Espasa Calpe, la de Destino, con los versos de su cancionero, cada uno en su debido lugar, que sigue Philip Polack, aun sin hacer la aclaración dicha, y la de los *Papeles de Son Armadans*, en la que sus frecuentes cambios y añadidos vinieron determinados, con frecuencia, por motivaciones más tipográficas que necesarias al hilo de la narración, más estéticas que literarias. Debo aclarar un poco lo que acabo de decir. Uno de los motivos de ornato de la edición de los *Papeles*, fueron las elegantes y airosas capitulares que grabó el artista catalán Jaume Pla para encabezar cada uno de los doce grandes apartados del libro (la dedicatoria y los once capítulos en los que el libro se divide). Pues bien: al enfrentarnos, Pla y yo, con la realización de la idea que entendíamos conveniente y que terminamos realizando, nos dimos cuenta de que en el libro, que había sido redactado, claro es, sin preocupación alguna a este respecto, figuraba la letra E como inicial de seis capítulos y la letra A como inicial de otros tres. Esta circunstancia —y el lógico deseo de que todas las capitulares fueran diferentes, ya que lo contrario no tendría sentido— me obligó a cambiar el arranque de varios capítulos, curiosa experiencia —o adiestramiento—

que me enseñó, entre otras cosas, a ser más humilde y a huir de la estúpida y tan generalizada idea de la última perfección de los logros terrenales. También alargué o acorté líneas, según se iba precisando, e hice mangas y capirotos con mi texto en el mejor servicio, repito, de la belleza tipográfica.

Ahora, al releer aquella versión encorsetada, me doy cuenta de que le sobran no pocas ligas y afeites, pero también me entero —y ahí la lección— de que varias, y aun bastantes, de las correcciones hechas con tan inusual motivo, se vuelven a favor de la belleza, o de la claridad, o de la mejor terminación y remate del texto, lo que me hace pensar muy seriamente en la provisionalidad de la forma literaria. Si después de no creer en los géneros literarios, caigo en el escepticismo ante la expresión, es posible que me encuentre, aun sin saberlo, en el gozoso y saludable camino de entender a la literatura como un temblor íntimo y afable que se desentiende de ropajes, marbetes y otras suertes de constreñidoras policías. Los animales, los eficaces y bellísimos animales, viven en análogo estado de angélica pureza. Lo curioso, en este caso mío de hoy —curioso al menos para mí, que sigo muy de cerca el proceso—, es que llego a estas desnudas consecuencias no por adivinación (o inspiración) sino tras haber lidiado al morlaco del orgullo y a la lechuza de la perfección formal con sus propias armas. Si la literatura fuera un cúmulo de sabidurías, la literatura dejaría, automáticamente, de interesarme. Por el contrario, pienso que la literatura es un camino —nítido, a veces, y a veces, borroso y desdibujado— que no se camina jamás. De ahí mi entrega, cada día con menores reservas y mayor y más viciosa fruición, a su menester.

En la versión de mi *Viaje a la Alcarria* que aquí ofrezco y que es la que, desde este momento, doy por buena, he procurado recoger las enseñanzas de todo orden que coseché en la preparación de las tres anteriores. Si acerté o me equivoqué, es cosa que no me compete dilucidar, aunque

mi ilusión fuera el haber atinado con buen pulso y mejor suerte.

Tomé como base las iguales ediciones de Destino, que siguen a la de *Revista de Occidente* con los versos del Cancionero de la Alcarria embutidos donde mejor pensé que habían de caber, y tras haber lavado el texto de los inevitables cortes, cambios y añadidos que se le fueron pegando a su paso por las imprentas, tuve presentes las ediciones de la *Revista de Occidente* y de los *Papeles de Son Armadans* —y el original manuscrito, cuando lo precisé—, para fijar el texto con cierta calma y no pocos buenos deseos de cumplir, lealmente, con el leal lector.

No consideré las ediciones de Espasa Calpe ni las de Philip Polack porque, de haberlo hecho, el cúmulo de notas hubiera resultado innecesariamente agobiador.

Y aquí termina, si los dioses se me muestran clementes y piadosos, la confusa andadura de este libro sencillísimo y de vida llena de misterio y de atroces (y también dolorosos) vaivenes. La seta del bosque y la tímida flor que crece a la sombra de la más olvidada tapia, tampoco viven en paz (aunque se muestren como la insignia de la paz).

**Palma de Mallorca, 21 de diciembre de 1963**

## I

## Unos días antes

EL viajero está echado, boca arriba, sobre una *chaise-longue* forrada de cretona. Mira, distraídamente, para el techo y deja volar libre la imaginación, que salta, como una torpe mariposa moribunda, rozando, en leves golpes, las paredes, los muebles, la lámpara encendida. Está cansado y nota un alivio grande dejando caer las piernas, como marionetas, en la primera postura que quieran encontrar.

El viajero es un hombre joven, alto, delgado. Está en mangas de camisa fumando un cigarrillo. Lleva ya varias horas sin hablar, varias horas que no tiene con quién hablar. De cuando en cuando bebe un sorbo —ni pequeño ni grande— de whisky o silba, por lo bajo, alguna cancioncilla.

En la casa todo es silencio; la familia del viajero duerme. En la calle sólo algún taxi errabundo rompe, muy de tarde en tarde, la piadosa intimidad de los serenos.

La habitación está revuelta. Sobre la mesa, cientos de cuartillas en desorden dan fe de muchas horas de trabajo. Extendidos sobre el suelo, clavados con chinchetas a las paredes, diez, doce, catorce mapas con notas y acotaciones en tinta, con fuertes trazos de lápiz rojo, con blancas banderitas sujetas con alfileres.

—Después, nada de esto sirve nunca para nada. ¡Siempre pasa igual!

A caballo de una silla duerme la chaqueta de dura pana. En la alfombra, al lado de un montón de novelas, descansan las remachadas botas de andar. Una cantimplora nueva espera su carga de espeso y saludable vino tinto. Suena en el noble, en el viejo reloj de nogal, la última campanada de una alta hora de la noche.

El viajero se levanta, pasea la habitación, pone derecho un cuadro, empuja un libro, huele unas flores. Ante un mapa de la península se para, ambas manos en los bolsillos del pantalón, las cejas casi imperceptiblemente fruncidas.

El viajero habla despacio, muy despacio, consigo mismo, en voz baja y casi como si quisiera disimular.

—Sí, la Alcarria. Debe ser un buen sitio para andar, un buen país. Luego, ya veremos; a lo mejor no salgo más; depende.

El viajero enciende otro cigarrillo —a poco más se quema el dedo con el mixto—, se sirve otro whisky.

—La Alcarria de Guadalajara. La de Cuenca, ya no; por Cuenca puede que ande el pinar; o la Mancha, ¡quién sabe!, con sus lentos caminos.

El viajero hace un gesto con la boca.

—Y tampoco importa que me salga un poco, si me salgo. Después de todo, ¿qué más da? Nadie me obliga a nada; nadie me dice: métase por aquí, suba por allí, camine aquel ribazo, esta laderilla, esta otra vaguada tierna y de buen andar.

El viajero revuelve entre los papeles de la mesa buscando un doble decímetro. Lo encuentra, se acerca de nuevo a la pared y, con el pitillo en la boca y el entrecejo arrugado para que no se le llenen los ojos de humo, pasea la regla sobre el mapa.

—Etapas ni cortas ni largas, es el secreto. Una legua y una hora de descanso, otra legua y otra hora, y así hasta el final. Veinte o veinticinco kilómetros al día ya es una buena marcha; es pasarse las mañanas en el camino. Después, sobre el terreno, todos estos proyectos son papel mojado y las cosas salen, como pasa siempre, por donde pueden.

Busca unas notas, consulta un cuadernillo, hojea una vieja geografía, extiende sobre la mesa un plano de la región.

—Sí; sin duda alguna, las regiones naturales. Los ríos unen y las montañas separan, es la vieja sabiduría; no hay

otra división que valga.

El viajero se distrae un instante y toma, de la estantería, el primer libro que alcanza: la Historia de Galicia, de don Manuel Murguía, encuadernado en rojo cartoné ya desvaído por el tiempo. No lo necesita para nada; en realidad, lo coge sin darse cuenta.

—Es gracioso este libro..., es un libro lleno de paciencia.

El viajero está medio dormido y da un par de cabezadas mientras pasa las hojas. Se despierta de nuevo del todo, cuando lee al pie de una lámina: Cromlech que existe en Pontes de García Rodríguez. Lo devuelve a su sitio y piensa que, realmente, tiene los libros bastante mal ordenados. La Historia de Galicia queda entre una Fisiología e Higiene, del bachillerato, y el *The sun also rises*, de Hemingway.

El viajero vuelve ante el mapa.

—Las ciudades las bordearé, como los buhoneros y los gitanos, igual que el jabalí y el gato garduño.

Se rasca una ceja y arruga la frente. El viajero no está muy convencido.

—O no, no las bordearé. Las ciudades hay que cruzarlas, a media tarde, cuando las señoritas salen a pasear un rato, antes del rosario.

El viajero sonrío. Tiene los ojos semicerrados, como de estar soñando.

—Bueno, ya veremos.

Se queda un rato en silencio, pensando muy confuso, muy precipitadamente. Es ya muy tarde.

—¡Qué barbaridad!

El viajero —que se cansa de golpe, igual que un pájaro herido— piensa, al final, que ya sólo falta empezar, que quizás esté dándole demasiadas vueltas en la cabeza a un viaje que se quiere hacer un poco a rumbo, un poco como el fuego en una era: a la buena de Dios y a la que salga.

De la misma botella bebe el último trago.

—No. Estas son las cuentas de la lechera; lo mejor será coger el macuto y echarse a andar.

Se desnuda, desdobra la manta de pelo, apaga la luz y se echa a dormir sobre la *chaise-longue* forrada de cretona.

Fuera se oye el distante golpear del chuzo contra la aceña. Por las rendijas de la persiana se cuelga un hilo de claridad. Pasan lentos, entumecidos, los carros de los primeros traperos. El viajero se ha dormido al tiempo de nacer el día como un pollo que sale, un poco avergonzadamente, del derrotado y tibio cascarón.